

Escribir desde la tristeza

Florencia Galvagno¹

¹ Estudiante de la carrera de Comunicación Social.
Disfruta de escribir poesía autobiográfica en su tiempo libre

Triste. Escribir desde manos temblorosas e incontrolables, ¿vale la pena?

Cansada y enojada sería más digno. Sin pensar y culpando a lo que me lastima. Que el equilibrio lo encuentre el otro. Yo solo quiero venganza. Pero cuando todo se termina, no hay vacío. No me deshago en el margen de la página cuando ya no tengo propósito, cuando no puedo conseguir nada más.

Todo se inunda y no puedo ahogarme. Caigo de espaldas. De todas formas, al espejo, le pregunto qué hay detrás. Mientras caigo, en la cuenta se suman la debilidad y la desesperación. Tengo que pagar, está mi nombre ahí. Comprado mi silencio vuelvo a la calle, a la puerta, a mi casa.

En ese espacio vivo, actúo. Me inspiro, me inhalo, incorporo la corona infaltable, invisible, que es inexistente para los demás. Yo soy la protagonista. Soy la actriz. Soy la omnisciente autora, directora y productora de sensaciones en el imaginario que publico para hacerlo un público. Público de las futuras películas mentales que se reproducirán sin límite, legitimación, ni amparo cuando ya no esté yo. Mi presencia solo sirve para confirmar o negar su simbólica prestidigitación, la de lo ya creado.

En charlas, quiebres que permiten mí pasado salir a flote en el mundo inundado de lágrimas. Paso de adentro a afuera a ambos arcos acabados acá. Piso la siembra, arranco la máscara de piel que no me alcanza a cubrir. Me intento construir de nuevo, pero los castillos de arena no duran bajo las olas del mar de gente que corre a cubrirme como lonas, las no inertes. Pasando las quiebro y surgen nuevas imágenes, se destilan de las personas, se encierran en hojas. Aunque duraron un instante nada más, se refrescan al ser sacadas a la luz de la actualidad y se vuelven a mirarme en contemporaneidad.

Ahí canto. Mi silencio se detiene cortando con respiración: una precipitada, maravillosa y constante luz. Dando vueltas me desmoronan mis complejidades. Como el barco bancado abarca, vuelven sagaces mis priorizadas manías.

Las manías mancas mancillan mi social reestructuración de la sombra mía. Sin dedos. ¿Quién necesita agarrarse de mi cabeza, si mi atención está desgarrada, deshilachada y trenzada con la imparable curva de la existencia?

Cuando dejo de cantar, grito. Se me estanca la voz, bozal de artimañas aguerridas, grotescas goteando dolor. Abre la diferencia la distante cotidianidad de la develadora y nocturna disposición previa.

-Al escribir esto te dejás soñar con olvidarte. Pará, belleza, que tu noche aún no termina.